

LA MIRADA DE LOS MAHUAD

Berta Vias Mahou

La mirada de los Mahuad

La mayor parte de los viajeros que se acercaron a aquellas Hurdes, felizmente desaparecidas, suelen referirse a la antigua costumbre de legar en herencia una simple rama de árbol, prueba de que hasta el más mínimo cultivo representaba una titánica conquista... Una simple rama de árbol, repitió para sus adentros, cerrando el libro, y en su cerebro, junto a un muro de piedra, apareció un manzano que brillaba al sol. Y al pie el heredero, contemplando con avidez la rama y los frutos que algún día habrían de ser de su propiedad. Tienes la mirada de los Mahuad, oyó que le decía alguien. Y la silueta del hombre que admiraba el trozo de frutal se desvaneció, mientras la vieja bibliotecaria, de pie frente a su mesa, trataba de explicarse, acariciando las tapas duras de un cuaderno gris que descansaba sobre la superficie. Había conocido a algunos de sus parientes tiempo atrás y, al leer sus apellidos en la ficha, se había acercado para ver qué aspecto tenía. Sí, la misma mirada... Elba pensó en los ojos de su madre, de un azul transparente, unos ojos que a veces se volvían de hielo, con ese fulgor que, inasible, ilumina los glaciares desde la capa más profunda. Y en los de su tío. Desafiantes, aviesos, también azules.

Creía haber perdido para siempre aquella mirada torva, a veces escalofriante, de la que tan difícil resultaba saber si era de desafío o de pavor, la de los Mahuad o la de los Löwy, pero una vez más acababa de aflorar a la superficie, sin que ella se diera cuenta. El heredero al pie. La lucha titánica contra el medio. La extrema penuria de tanta gente. Miles y miles de personas por el mundo esperando siempre una oportunidad. Una oportunidad como la de la rama de un árbol. Con sus pocos frutos. Y sus ojos, con la rabia del corazón, se habían vuelto a enfurecer. Esos ojos que sin duda había heredado de su familia, pero que ella creía haber domeñado para siempre. Apenas había visto a su abuelo materno. No recordaba cómo eran los suyos. Pero más de una vez había descubierto los de su abuela materna convertidos en los de un ave rapaz. Los había heredado, sí, aunque pensaba que ya no miraban así. Nunca. Sin embargo, gracias a la empleada de la biblioteca, acababa de comprobar que aún a veces irradiaban odio. Ira. Indignación. ¿Y los de los otros abuelos? No. Ellos eran Ochotecos. Torrijos. Gentes nacidas allí donde los ojos son como la tierra, recios. Pedían y, sobre todo, daban perdón.

Entonces, como si ante ella la puerta del tiempo acabara de abrirse de par en par, sintió que lo veía todo desde arriba, desde la bóveda alta y oscura que cerraba el espacio por encima de su cabeza, como si ya no se encontrara allí, sino a kilómetros y kilómetros de distancia. En Alemania. Muchos años atrás. A principios de la década de los sesenta. Allí en otoño las calles de los cementerios se llenaban de hojas amarillas. Ríos de oro viejo, crujiente, bajo un sol que se ponía muy pronto, cuando las camareras en los cafés recorrían sus locales como si fueran hadas,

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/la-mirada-de-los-mahuad/ES0148334/fragmento/>

volando por los pasillos y repartiendo velas en cuencos de cristal, mientras las delantales de color blanco, que les llegaban hasta los tobillos, a pesar de tener ellas las piernas tan largas, caracoleaban entre las patas de las mesas y de las sillas. Todo esto entonces ellas no habían podido verlo. Sólo cuando muchos años después volvieron por aquellas latitudes. Allí sus padres las mandaban a la cama tan temprano que nunca llegaron a ver las estrellas. Vivían en el número 7 de la calle principal de una pequeña ciudad balneario. El piso, en una casa de dos plantas y con jardín, era hermoso, muy hermoso, aun estando casi por completo vacío.

O tal vez por eso. Tal vez por eso lo fuera tanto, porque en él la luz, cuando salía el sol, al no encontrar obstáculo alguno, se paseaba a sus anchas por cada una de las habitaciones. Entraba y salía por las ventanas con entera libertad. Como lo hacía el aire. Y alguna vez incluso los pájaros. De una punta a otra. Aunque a veces se paraban para jugar con el agua de algún grifo, que ellos abrían para que pudieran beber. Excepto unos pocos muebles y los libros que se agarraban a las paredes, no había allí apenas nada, algún juguete tirado por el suelo, un par de trapos con los que ellas deambulaban de un lado a otro y a los que dormían abrazadas y un muñeco de goma, el hombre de la arena, con la nariz, los ojos y los labios remordidos, un cráter tumefacto en pleno rostro. En el jardín, en cambio, había un buen montón de árboles. Sacudidos por las ardillas, que correteaban por el aire, cosquilleando la corteza de los troncos, un cerezo enorme, un arce, unas cuantas hayas y varios robles, tilos y fresnos, eran el blanco de todas las miradas y ocultaban con sus ramas unas extrañas esculturas que parecían haber echado raíces en el suelo.

La casa, de dos plantas, estaba dividida en cuatro viviendas. En el primer piso, una llevaba tiempo vacía y la otra la habitaban los Schäfer, una pareja sin hijos, dueños de aquel edificio blanco con tejado de pizarra y una franja de color azul cobalto que enmarcaba los Blumenfenster, ventanales en los que en toda Alemania se colocaban flores y plantas entre visillos barrocos, muy historiados. En el segundo, un hombre solo ocupaba una, y la otra, ellos cuatro. Rita y Horacio habían llegado desde España con Elba en brazos y Jara hecha un ovillo en el vientre de su madre. Y a pesar de que Rita hablaba el alemán a la perfección y parecía uno de ellos, no había sido fácil encontrar una casa. No les habían recibido con hostilidad, aunque sí con una prudencia fría. Con distancia. Una distancia que parecía insalvable. ¿Qué le ocurre, Frau Schäfer?, preguntó Rita una tarde en la que encontró a su casera sentada en un banco en el jardín con el rostro entre las manos. Con el plumero en la mano y el delantal puesto, ella se había apostado allí para espiar al vecino de arriba, que, como cada tarde a la misma hora, acechaba las ramas del manzano en el jardín de la casa del número 9.

Herr Geiß era un hombre de unos dos metros de altura con un cuerpo que parecía hecho tan sólo de músculos y nervios. Con el cabello plateado, las facciones concisas, como talladas a cuchillo, y los ojos de un azul de aguas cristalinas que no se agitan con nada, debía de tener la fuerza y la agilidad de un muchacho. Frisando los setenta, aquel militar retirado aún atraía a hombres y mujeres, aunque Rita, la primera vez que lo vio, cuando ya habían firmado el contrato de alquiler, sintió un estremecimiento. Y después, cada vez que se cruzaba con él. Jamás la miraba a los ojos, quizá porque esquivaba los suyos, aquellos iris claros que tan bien sabían marcar el territorio. Mi marido... La casera, que había retirado ya las manos del rostro y ahora balanceaba el cuerpo ligeramente hacia delante y hacia atrás, como si

meciera a un niño en su interior, no pudo terminar la frase. Un hipo se tragó el resto de sus palabras, aunque ella respiró hondo y lo volvió a intentar. Está otra vez en la cárcel... Metiendo el plumero bajo el brazo, Rita se acercó hasta el banco, embutido en la hierba recién cortada justo debajo del cerezo, con la intención de consolar a Frau Schäfer, que la miró a los ojos, roja de vergüenza.

Me juró que no lo volvería a hacer. Me juró... No se preocupe, la interrumpió la española. Ya verá como en un par de días está de vuelta en casa, jugando con Elba y con Jara, como la última vez. Ya lo verá... La Schäfer intentó sonreír. Su marido había pasado ya unos días en la cárcel, meses atrás. También mis hijas cada tarde, a una hora determinada, se desnudan, se le ocurrió añadir a Rita. Muy seria. Cada tarde, recalcó, como si le costara creer lo que estaba diciendo y al mismo tiempo no lo pudiera evitar. Se quitan todo lo que llevan encima. Claro que ellas lo hacen entre cuatro paredes. Y no las ve nadie... La otra la miró unos segundos con la boca abierta, pero poco después volcó todo su miedo en el aire y en los oídos de la inquilina. Es que si vuelve a hacerlo, si alguien le denuncia, la sentencia puede ser de un año... La española se sentó en el banco junto a ella y, acariciando las plumas de la escobilla para quitar el polvo como si fuera un demonio que se espulga el rabo, perdió la mirada en el otro extremo del jardín. Allí era donde Schäfer había construido una especie de santuario para sus hijas.

De uno de los abetos de las estribaciones del bosque había ido colgando un montón de reliquias que ahora brillaban al sol y se movían con el viento. Jeringuillas, biberones y otros artefactos de colores pendían de largos hilos de nylon y parecían querer enredarse entre sí. Un bebé de caucho, un pequeño globo terráqueo, varios botes de crema y una bolsa de agua caliente se balanceaban ante sus ojos. El árbol del conocimiento del bien y del mal, lo había bautizado Horacio, sin que Elba y Jara, convencidas de que su casa era la única con derecho a un árbol de Navidad durante todo el año, entendieran lo que quería decir su padre con aquel extraño título. También Verena y Michael, que vivían al otro lado del bosque, al pie del macizo montañoso, el Siebengebirge, y que se acercaban por allí cada tarde, habían contribuido a la decoración. Aunque ellos tampoco tenían casi juguetes, porque sus padres tampoco les podían comprar casi nada y porque también ellos preferían hurgar en la basura o entre los útiles que se empleaban en el jardín o en los garajes y talleres. Tal vez porque se habían acostumbrado a aquello al no tener otra cosa que hacer.

Y porque lo que de verdad les gustaba era aprender y, sobre todo, escuchar. Escuchar a algunas personas. Que Schäfer les hablara del lugar con el que soñaba día y noche. Una ría en la que siempre lucía el sol sobre montañas de ocle y selvas de eucaliptus salpicadas de helechos y brezos entre los que se escondían los cuervos y las cabras. Y de la hora de las hormigas voladoras, cuando al caer la tarde las gaviotas dan giros bruscos en el aire, empujando compactas nubes de insectos que se mueven con las corrientes y a las que lanzan picotazos sin preocuparse de lo que hay a su alrededor. Cuando hace poco viento, decía Schäfer, descienden despacio, batiendo las alas, hasta que tocan el suelo y posan el tren de aterrizaje, plegando las plumas con cuidado... O imaginaba que recorría la arena blanca y suave de una playa, buscando crustáceos, recogiendo algas de color rosa, estudiando el cuerpo gelatinoso de alguna medusa varada en la orilla al bajar la marea. Hay que aprender a leer el horizonte, solía repetir, aunque él volvía siempre la mirada hacia el piso de

arriba. ¿Por el peligro?, había preguntado Verena en una ocasión, perdiendo la suya entre las copas de las hayas, de los arces, de los fresnos, de los robles y nogales.

Y es que allí, en aquella región del mundo llena de bosques y montañas, no era fácil contemplar la línea del horizonte. Sólo en la planicie, al otro lado del Rin, tan ancho y aparentemente infinito, lleno de agua siempre fría, amenazadora. O en la ribera. Frente a las islas, verdes y largas. O desde alguna de las cumbres de los alrededores, como el famoso Drachenfels, la roca del dragón, que, según el mito, vivía en una caverna, de donde lo había sacado el héroe Sigfrido para matarlo y bañarse en su sangre. Buena pregunta, había respondido Schäfer, aunque yo me refería al mar, a las costas y acantilados, donde hay que aprender a leer el horizonte, pues es de allí de donde suelen venir los cambios, el viento huracanado y las nubes más negras... Y les describía los barcos pesqueros, perseguidos por enjambres de gaviotas. Surcan el agua como las novias camino del altar. Y cuando les da el sol parece que fueran tejiendo unas el velo y otras, las que comen de las redes, una cola larguísima de encaje y de espuma que se despliega camino de la iglesia... Ninguno de aquellos niños, como tampoco él, había visto el mar. Tal vez por eso le escuchaban con tanta atención, porque, como los libros, les hablaba de lo que aún no conocían.

De lo que no habían visto nunca. ¿Y por qué no va usted allí?, preguntaban, desplegando esa inocencia tan práctica con la que los niños suelen desarmar a los adultos. Hasta la luz necesita tiempo para viajar, respondía él. ¿Cómo es que no le da miedo que sus hijas jueguen con él?, preguntó de pronto la Schäfer, después de que las dos disfrutaran de un largo y reparador silencio. Tenía la voz cansada. Triste. Y un poco ronca, por culpa del llanto. Rita estaba convencida de que aquel hombre era incapaz de hacer daño a nadie. Y menos aún a un niño. Apasionada, impulsiva, se dejaba arrastrar por sus primeras impresiones. Aquí nadie permite que sus hijos se acerquen a él. Sólo Verena y Michael pueden hacerlo, pero, claro, ellos son nuestros sobrinos... La española lanzó una mirada de reojo hacia donde estaba apostado Herr Geiß, que tomaba el sol en una tumbona con un periódico en las manos. Quizá fue él, aventuró, sacudiendo ligeramente la cabeza varias veces en aquella dirección. Quizá fue él el que le denunció, repitió, y volvió a señalar al vecino con la cabeza, con los ojos y hasta con la punta del plumero. Con movimientos breves, minúsculos.

A mí el otro día me acorraló contra la pared, en el sótano, cuando bajé a poner la lavadora, continuó, deseando que la Schäfer le hablara de él. ¿Y qué hizo usted? Algo pasó, respondió Rita. Él volvió la mirada de pronto. Yo aproveché para escaparme por debajo de sus brazos y eché a correr escaleras arriba... ¿Se lo ha contado a su marido? ¡No! Ya sabe usted cómo son los españoles. Además, Geiß me ha amenazado con ir a la fábrica a quejarse de que mis hijas lloran por las noches y no le dejan dormir. Es un monstruo. La pequeña ha estado muy grave. A punto de morir. De un ataque de tetania. Y a la mayor la vamos a llevar mañana al médico. Está en los huesos. ¿Cree usted que mi marido podría perder el trabajo por una cosa así? Al final no tendremos más remedio que regresar a España... No debe usted dejarse quitar la mantequilla del pan, sentenció la otra, mientras se secaba los ojos con la punta de una manga. Rita la miró sin comprender. Ni la mantequilla, se explayó la otra, ni el pan, ni la leche. Vaya a la policía... ¿Yo? ¿A la policía?, exclamó la española, alarmada, y guardó silencio un instante, dejando descansar el plumero sobre las piernas, aunque enseguida volvió a desatársele la lengua.

Para colmo se pasa el día al acecho, y no sólo de las manzanas. Lo sabe todo acerca de los demás. Quién entra y quién sale. A ver si lo mata un día un rayo mientras atisba las manzanas. O se ahoga en el río. Seguro que ha sido él... Entre sollozos, la casera volvió a taparse el rostro con las manos. Muy educado, un poco tímido, Herr Schäfer tenía las suyas grandes, fuertes, tímidas, y al saludar las movía con torpeza y embarazo, como si tratara de atrapar una mariposa y al mismo tiempo temiera lastimarla, quitarle el polvo sin el que le sería imposible volver a volar. Aquellas manos habían construido un cohete con lo que parecía un torpedo de la segunda guerra mundial. Schäfer había rascado la pintura, lo había pulido y lo había cortado a lo largo. Dentro no sólo cabía cada uno de los niños, incluida Verena, que ya había cumplido los diez años, sino también él, todo lo largo que era. Otro hombre altísimo, que calzaba un 46, pero que, a pesar de su estatura y de su fuerza, de tener el cuerpo ágil y la mente siempre despierta, a veces miraba como si él solo tuviera que soportar todo el dolor y todo el peso del mundo.

Plateado, siempre reluciente, con una llave de grifo que servía de cierre desde el interior, el cohete se alzaba al fondo del jardín, cerca de las cuevas. Algún día será mi ataúd, aseguraba Schäfer, y sonreía con orgullo. Casi todas las mujeres de por aquí salen huyendo en cuanto le ven, se lamentó la casera, después de apartar las manos de ...